

## PAQUIRO: SELECCIÓN DE JUICIOS

Carlos Martínez Shaw\*



rancisco Montes dominó el escenario taurino durante dos décadas (los años treinta y cuarenta del siglo XIX), situándose además entre dos periodos de declive de la lidia, el que sigue a la desaparición de los ruedos de Pedro Romero, *Pepe-Hillo* y *Costillares*, y el que abarca desde su muerte hasta el encumbramiento de *Lagartijo* y *Frascuero*, ya en los años setenta de la misma centuria, con lo cual su imagen aparenta la de un faro que ilumina medio siglo de la historia de la tauromaquia, la época isabelina, la era del romanticismo.

Esta significación de hito singular en la historia de la lidia, avalada por el impacto que su toreo causara entre la afición, se fundamenta, además, en su papel, reconocido de modo unánime por parte de la crítica, de restaurador del toreo en un momento de vacilación y de instaurador de una tauromaquia que basada en la tradición crearía una nueva tradición, asentando unas formas y unos rituales que se perpetuarían hasta nuestros días, por encima de todas las sucesivas transformaciones sufridas por la fiesta.

Si este juicio es válido desde una óptica general, sus logros personales en el ruedo han sido analizados, aunque siempre positivamente, con algunos matices. Así, primero, reina también la unanimidad a la hora de valorar la profesionalidad que

---

\* Fundación de Estudios Taurinos.

supo imponer en el toreo, la ordenación y disciplina que comunicó a la lidia, la dignificación del oficio del torero y su cuadrilla. Y, muy unido a estas realizaciones, su solícita atención a todos y cada uno de los lances de la corrida, con una presencia sin desmayo, diligente y constante, en la plaza.

Después, su arte individual tampoco parece admitir discrepancias en lo que hace referencia a sus notables cualidades físicas, a su perfecto conocimiento del oficio y a su incuestionable valor.

Igualmente, todos resaltan su infatigable e imaginativa inventiva en las suertes, con la recuperación de algunas olvidadas y la introducción de frecuentes novedades que terminan consolidándose dentro del toreo clásico.

Sin embargo, si nadie discute su maestría con la capa (que se exalta en muchas ocasiones con todo lujo de detalles), las opiniones divergen en cuanto a las faenas con la muleta y a la ejecución de la suerte de matar. En este capítulo sobresalen las objeciones de los primeros tratadistas sistemáticos, tanto las de García de Bedoya como las de Velázquez y Sánchez, frente a la defensa incondicional de Sánchez Neira, todos ellos espectadores directos de las corridas del diestro de Chiclana. En nuestros días, sin embargo, la tendencia de los especialistas que más se han ocupado de la cuestión va en el sentido de la exculpación respecto de estas acusaciones, basándose en la aportación de nuevos testimonios de los contemporáneos, que no encuentran en su muleta aquella sequedad que alguno le reprochara y que, aun admitiendo la tendencia a la estocada atravesada de los primeros tiempos, consideran que fue un defecto superado a medida que el torero se hizo con el pleno dominio de su arte. E incluso, para zanjar la cuestión, alguno parece hacer suyo el ditirambo que le dedicara en su *Enciclopedia taurina* José Silva Aramburu, quien llega a afirmar que «la historia del toreo a pie se subordina en el siglo XIX a un suceso fundamental, capital, casi exclusivo: la apari-

ción de Francisco Montes. Todo lo que antecede es su preparación. todo lo que sigue su consecuencia».

\*\*\*

En esta breve antología se recogen los juicios de aquellos tratadistas que se han ocupado con más detalle de la figura de *Paquiro*, excluyendo los testimonios de los visitantes extranjeros seleccionados, entre otros autores, por Carmen de Reparaz. Así, a los textos indispensables de García de Bedoya, Velázquez y Sánchez y Sánchez de Neira, sólo se unen los de José María de Cossío, Natalio Rivas, Néstor Luján y Juan Posada, que siguen muy de cerca a los anteriores, con frecuentes citas literales (como en los dos primeros casos), con meras paráfrasis de los mismos (como en el tercero) o con un intento de síntesis conducente a una conclusión favorable (como en el último), sin que apenas haya habido otras valoraciones generales dignas de tenerse en cuenta, ya que, por ejemplo, Carlos Abella se limita a copiar la opinión de Velázquez y Sánchez, y Fernando Claramunt sólo apunta que «fue una eminencia taurina sin rival posible». Naturalmente, todo ello antes de llegar a la reciente revisión emprendida por Rafael Cabrera Bonet y Guillermo Boto Arnau, que constituye precisamente el núcleo de este número dedicado a *Paquiro* como representante máximo del toreo romántico, con motivo del segundo centenario de su nacimiento.

\*\*\*

F. G. DE BEDOYA: *HISTORIA DEL TOREO*. MADRID, 1850, EGARTORRE, PÁGS. 227-240

Notable revolución causó Francisco Montes en el arte de torear; notable fue siempre su sistema que jamás alteró por ningún motivo, pero más notable y extraordinario fue el furor que causó

en el público de España, generalmente hablando, durante los buenos tiempos de su carrera artística. Ni un solo hombre de los que afición profesan a este género de espectáculos ha dejado de desear la amistad de Montes, por preocupado que fuese en las rancias ideas de los antepasados. ¿Y no explica esta parcialidad mucho más de lo que nosotros pudiéramos decir de este diestro en abultados volúmenes? Ciertamente que sí: nada más expresivo que el lenguaje de los hechos; y nada más significativo que la observación de los resultados. Francisco Montes supo adquirirse un crédito casi general; también supo sostener la apreciación que el público le había una vez dispensado; y de este modo las cosas, optó por retirarse, cuya conducta debió haber seguido sin alteración, puesto que nada le restaba que aumentar a su corona triunfal. (...)

Pasando ahora a la cuestión de habilidad y maestría, ¿qué diremos de Francisco Montes? Diversas son las opiniones que existen sobre el fundamento de su reputación: unos la atribuyen a las muchas facultades físicas de que siempre hizo alarde; otros a este elemento y a su mucho corazón para las reses; y los más, últimamente, a su método y otras diferentes particularidades. Nosotros tenemos también formada nuestra opinión, y en nuestro concepto acertada, porque es hija de la observación más justa y desinteresada, la cual emitiremos más adelante; pero entre tanto quede consignado que Francisco Montes nos merece el juicio de un buen torero en toda la significación de la palabra, para cuyo convencimiento no hay más que fijar la atención sobre determinadas operaciones que practica en infinitos casos, a las cuales adorna siempre una serenidad a toda prueba, hija del más excelente y consumado valor. (...)

Francisco Montes fue siempre un torero de genio más que de arte, generalmente hablando, y, como el público debe conocer, sus facultades físicas fue el más poderoso elemento con que este lidiador contaba al dedicarse a este ejercicio, y el que más

eficazmente contribuye a que se distinguiera desde luego y adquiriese ese crédito colosal que disfruta. Así considerado, podremos asegurar que al torero de genio que estaba dotado de los elementos más eficaces que necesarios le eran, fácil le sería encumbrarse en un tiempo limitado, puesto que nada arrebató al público como los hechos inesperados que a la vez proporcionan el más consumado lucimiento: su misma condición de lidiador

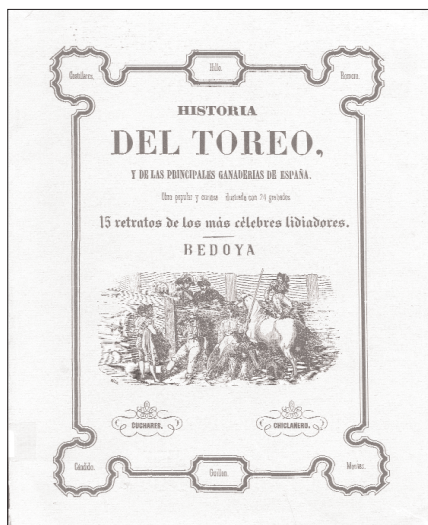


Fig. n.º 49.- *Portada de Historia del Toreo* de F. G. de Bedoya.

de genio le ha proporcionado la oportunidad en utilizar esos mismos recursos con que la naturaleza le favoreció, y de utilizarlos con el aprovechamiento que todos o la mayor parte de nuestros lectores habrán tenido lugar de observar, pero no precisamente en todos los momentos, sino en los que obraban los efectos de esa cualidad sola y de más poder de todas cuantas cabe a la humanidad.

JOSÉ VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ: *ANALES DEL TOREO*,  
SEVILLA, 1868, ED. 2004, PÁGS 205-209

Montes recibió de la pródiga naturaleza una agilidad tan peregrina en los movimientos que, experimentada un día y otro, y siempre a menor distancia del bruto, y retardando ex-profeso el punto de rehuir su persona del empuje ofensivo del testuz, concluyó por convencer a aquel hombre fenomenal (Pedro Romero) de que podía emprenderlo todo con las fieras astadas; sobrándole tiempo y recursos para evitar contingencias, que en otros lidiadores habrían sido irremediables siniestros. El salto de la garrocha y al trascuerno, los quites y cambios, los cuarteos y recortes, el capeo único y sorprendente, las paradas en firme, las entradas y salidas de jurisdicción a la cabeza de los toros, aquellos floreos con los animales revoltosos, el quiebro que frustraba con tanta precisión y mágico efecto las arremetidas súbitas o provocadas de los bichos, las continuas y pasmosas novedades en la brieda con que su genio audaz excitaba el frenesí del entusiasmo en los espectadores atónitos, no procedían de otro origen que su ilimitada confianza en unos músculos de acero y la intrepidez que proviene de la seguridad de unas fuerzas inagotables. Lo que todos hacían a pies levantados y cuidándose de ganar sobrado terreno, Montes lo efectuaba cuadrándose, y dejando llegar al toro hasta el bulto, con espanto del pueblo y reacción de intenso alborozo al ver libre de riesgo al lidiador, y sin haberse apercibido del rápido movimiento que burlaba la embestida del feroz cuadrúpedo. ¿Quién rivalizaba con aquel favorito del poder sumo, que convertía en vistoso juego unos lances en que sus émulos hubieran sucumbido fatalmente?

Si Francisco Montes, torero imponderable, hubiera tenido la muleta magistral de Joaquín Rodríguez o el herir certero y decisivo de Curro Guillén, hubiese forzado a todos los diestros de su

época a rendirle parias, sin que ninguno osara sostenerle competencia, como le sucedió con Juan León, Juan Yust, *Cúchares*, y hasta con el ingrato Redondo, su hechura; pero la flámula de *Paquilo* fue siempre seca y escasa de variedades ingeniosas, y su cuarteo en la cabeza, excesivo o corto en demasía, impidiéndole meter el brazo con firmeza y holgura, le hizo matador de golpes atravesados y de tropiezos frecuentes. A fuer de diestro valeroso y

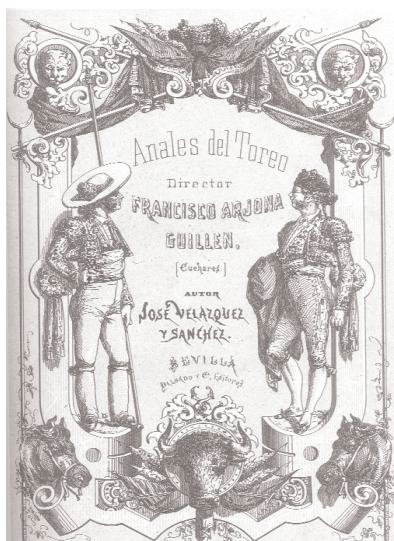


Fig. n.º 50.- Portada de *Anales del Toreo* de J. Velázquez y Sánchez.

entendido, ejecutaba todas las suertes de espada que dejó descritas en su famoso “Arte de torear”; mas en paralelo con el trasteo inolvidable de León y de Arjona y con la limpieza y desahogo en estoquear de Yust y de Redondo, el público advertía el vacío de aquella culminante figura, conviniendo en la certeza del sesudo adagio latino, que traducido a nuestro romance viene a decir: «no son todos para todo». (...)

Lo que no hay quien le dispute en su carrera es la entonación casi épica que supo dar a su papel en el coso; la dignidad de que procuró revestir a todos sus dependientes y subordinados; el exquisito tacto con que llegó a traer a su partido a todas las clases de nuestra sociedad; la feliz combinación de su carácter, afabilísimo para las personas de toda especie y firme con los que se proponían abusar de su condescendencia; sus bien calculadas y mejor mantenidas relaciones con sujetos que por su categoría, luces, influjo o posición eventual, podían contribuir a su favor y encumbramiento; el realce deslumbrador que daba a sus menores actos sin parecer apercibirse del efecto que producían; la maña con que solía excitar la publicación y circulación extensa de todos sus pasos en las diferentes provincias que recorría triunfante; el talento singular con que hizo sobresalir su figura en el cuadro de una civilización exuberante de vida y palpitando entre agitaciones febriles.

JOSÉ SÁNCHEZ DE NEIRA: *EL TOREO. GRAN DICCIONARIO TAUROMÁQUICO*, MADRID, 1879, ED. 1988, PÁGS 144-149

Al hablar de este hombre extraordinario, de este coloso del arte, de este privilegiado entendimiento taurómico, sentimos cierto temor de no saber explicarnos con claridad al describirle, porque Montes era muy grande en su arte, un genio, y tan gigante diestro merece que otras plumas mejores que la nuestra se ocupen de él, como ya se han ocupado notables escritores, distinguidos artistas y eminentes profesores de bellas artes. (...)

Es imposible describir el entusiasmo que producía en todos los públicos ver trabajar como nunca se había visto, tan cerca de los toros y con tanta seguridad y confianza.

Ejecutar con igual limpieza las severas, aplomadas y tranquilas suertes del toreo rondeño, y las ligeras, ágiles y rápidas del arte sevillano.



Ver a un hombre que no movía los pies para las *verónicas*, que paraba para *recibir* toros, y que lo mismo saltaba *al trascuerno* que con la garrocha.

Que se *encunaba* de intento, y al dar el animal el *hachazo*, salía aquél ileso, despacio, tranquilo y sosegado, sin más que un imperceptible *cuarteo* o *recorte*, según el caso.

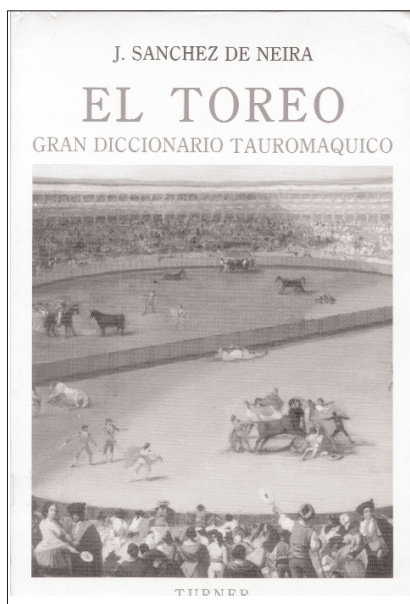


Fig. n.º 51.- *Sobrecubierta de El Toreo* de J. Sánchez de Neira.

Que más de una vez, corriendo un toro por derecho, en lo más impetuoso de la carrera paraba en corto, clavaba los pies, sin temor al toro, el cual, o se plantaba asombrado, o si seguía, era por un lado del atrevido diestro, que a su voluntad le guiaba con el capote.

Y todo esto practicado sin aceleramiento, a la perfección, con seguro conocimiento de lo que hacía, claro es que había de levantarle cien codos sobre todos y cada uno de los demás toreros. (...)

Suponer, indicar solamente, que León y Arjona han tenido mejor *trasteo* que Montes, cuando la muleta de éste fue siempre limpia, manejada con sujeción y arte y nunca sucia, de mareo ni de *trampita*, es confesar una de estas dos cosas:

O mucha pasión, o más bien no haber visto torear de capa ni de muleta a Montes.

Sólo en las estocadas *recibiendo* le adelantó José Redondo el *Chiclanero*; nadie más.

Y no sólo porque Montes se moviese ni se colocase lejos, sino porque, en nuestro concepto, se gaba demasiado la salida con la muleta, y las estocadas resultaban atravesadas muchas veces.

Si notable y sobresaliente fue este hombre incomparable en la ejecución de toda clase de suertes, no lo fue menos en la dirección de la plaza y orden de las cuadrillas, en que rayó a una altura sin igual.

Ningún lidiador de a pie ni de a caballo se excedió ni faltó a su deber sin la reprensión más severa.

Nunca un peón *recortó* un toro, hizo *un quite*, ni dejó de correr por derecho, sin permiso suyo u orden determinada.

Todo el mundo estaba en su puesto y cumplía su cometido; y de ahí la lidia ordenada y metódica, digámoslo así, que tanto realce da a la función. (...)

Montes, como estoqueador de toros, era más desigual.

Importábase poco, y en este punto opinamos como él, que la estocada fuese más o menos alta, recta o delantera, si la había dado con sujeción a las estrictas reglas del arte, clavándose en su terreno, inmóvil y esperando al cite o *arrancando* por derecho, en corto y sin precipitación.

No era de los que buscaban los aplausos por el resultado de la suerte, sino por el modo de ejecutarla.

Otra de las cosas que se han dicho de Montes, como para rebajar su importantísima figura en el toreo, es la de que, siendo más bien torero de genio que de arte, en cuanto le faltaron facultades sólo se vio en él al hombre de experiencia y conocimiento, valor y buenos deseos.

¿Qué contestar a esto?

Concedemos que era un genio en su arte, cuyos secretos conoció como nadie, y cuya aplicación rápida, instantánea, ponía en práctica con asombroso resultado y sin precipitación ni aceleramiento.

Pero decir después de esto, después de concederle experiencia, conocimientos y valor, que tenía menos arte que otros, es tanto como ponerse en contradicción evidente y parcialidad apasionada.

El hombre joven, robusto y en plenas facultades, tiene que practicar todo necesariamente mejor que siendo de más edad y endeble.

Pero no por eso se dirá que le falte arte; antes al contrario, lo natural es que, siendo viejo, tenga más arte y que le falte poder.

Nos hemos detenido más de lo que podemos, dadas las condiciones de este libro, en rebatir, aunque muy ligeramente, las erróneas apreciaciones que acerca de este gran lidiador se han escrito, porque habiendo conocido su mérito especial, sus generales simpatías en todas las clases sociales que antes y después y siempre le han concedido el puesto de *primer torero del siglo presente*, nos duele que ande por ahí escrito un juicio equivocado en una obra que en su tiempo tuvo cierta importancia, por más que ésta nadie de los que vieron a Montes se la ha dado en lo relativo al mérito de este maestro.

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO: *LOS TOROS. TRATADO TÉCNICO E HISTÓRICO*, MADRID, 1943, ED, 1989, T. 3, PÁGS. 632-633

No era tan sólo la labor del espada lo que atraía y cautivaba al público. Era, además, la destreza y disciplina de su cuadrilla, que convertía la lidia, que siempre había propendido al carácter anáquico propio de españoles, en un verdadero juego de estrategia en que iban mermando al toro facultades a medida de la conveniencia de las suertes que el matador intentara. No es de extrañar, sabiendo esto, que al anunciarse algunas corridas como la del 19 de setiembre de 1842 se ponga una advertencia en los carteles de este tenor: «Habiendo llegado a esta capital el célebre lidiador Francisco Montes, la empresa, deseosa de complacer al público, ha dispuesto trabaje en esta función con las cuadrillas con que lo ha verificado en las provincias vascongadas y Navarra». Las revistas de aquel tiempo, generalmente poco pródigas en el elogio, juzgaban la labor del diestro con verdadero entusiasmo. (...)

Su autoridad como técnico del toreo corría pareja con la estimación que merecía en el trato particular por su conducta correcta y caballerosa. En expediente incoado en Málaga sobre la edad de los toros se requiere su opinión, designándole con el honorífico *don*, que creo que tan sólo Pérez de Guzmán había usado entre los coletudos. Con este mismo tratamiento le he visto anunciado en bastantes carteles, y corrió muy válida la especie de que se había tratado de agraciarse con el título de conde. Hasta en Sevilla, que por razones de celosa localidad no era plaza favorita suya, obtiene triunfos resonantes, y su destreza y conocimiento de los toros son unánimemente reconocidos. (...)

El papel que representa Montes dentro de la evolución del toreo es fundamental. En él confluyen las enseñanzas de la escuela rondeña, procedentes de su más puro representante, pero

en desacuerdo con las especiales posibilidades de sus espléndidas facultades físicas, con los recursos y táctica que en su estilo ecléctico había incluido su insigne paisano Jerónimo José Cándido. Este eclecticismo lo representa aún mejor Francisco Montes, y él es la figura inicial de esa cadena de toreros que llamamos generales o largos y en la que son eslabones fundamentales José Redondo (*Chiclanero*), Rafael Molina (*Lagartijo*),

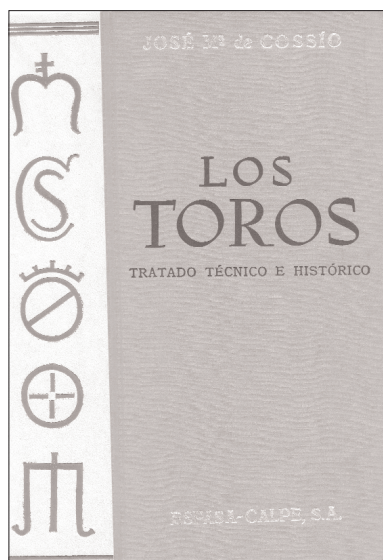


Fig. n.º 52.- Portada del Tomo III de *Los Toros* de J. M. de Cossío.

Rafael Guerra (*Guerrita*) y *Joselito el Gallo*. En plena posesión de sus recursos inspira, o adopta, las reglas de su tauromaquia, y ellas vienen en el futuro a constituir el código fundamental del toreo, al que nuevas maneras y estilos no han podido desposeer de su carácter de canon del arte de torear. Montes, por otra parte, al organizar y disciplinar su cuadrilla, convierte la lidia en un

juego colectivo, en cuya estrategia cada picador y cada banderillero tiene su misión bajo la dirección del espada.

NATALIO RIVAS: *TOREROS DEL ROMANTICISMO*.  
*ANECOTARIO TAURINO*, MADRID, 1946, ED. 1987,  
PÁGS. 157-1958

No puede dudarse los hechos dieron testimonio de ello que Montes nació con la intuición más acabada del arte de torear. El famoso maestro de Ronda adivinó en seguida con ojo certero todo lo que llevaba dentro de sí aquel muchacho garrido, elegante y valeroso que fue en la Escuela taurómaca el más brillante y aventajado alumno. Le bastó contemplar cómo se abría de capa, cómo manejaba la muleta y de qué manera tan clásica y bizarra acometía todos los lances, para comprender que rápidamente había de alcanzar celebridad y llegar a las más altas cumbres de la gloria.

En las cartas auténticas que el anciano lidiador rondeño dirigía a su protector en la corte, el conde de la Estrella, únicas que existen y que figuran en el lugar correspondiente del trabajo *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla*, con el cual se encabeza este volumen, vaticinaba cuál habría de ser el sitio preeminente que el Destino le tenía reservado en un porvenir próximo; tan cercano, que no llegó a tres meses su aprendizaje, siendo tan prodigiosas sus facultades y tan ingénita y espontánea su vocación, que a pesar de haberse opuesto Romero a ello, porque quería retenerle más tiempo en la Escuela, para que se purgara de defectos y resabios que le deslucían, aceptó una contrata para Madrid, donde obtuvo un triunfo tan resonante, que le situó en primera línea.

Eran tan maravillosas las condiciones de *Paquiro* y tan resuelta y decidida su voluntad, que, no obstante los escrúpulos y temores del viejo maestro, la victoria que logró fue rotunda y definitiva. Si su carácter caprichoso y tozudo se

hubiera sometido a los consejos de su profesor y de inteligentísimos aficionados, como don Alejandro Latorre, cuyas advertencias solía escuchar alguna vez, y don Juan Antonio Plaza, popular relojero de la calle de la Cruz, a quien él tenía en mucha estima y solía hacerle tertulia, que no cesaron de reprenderle, haciéndole ver que para que no le resultaran atravesadas las estocadas debía prescindir de sesgar demasiado la

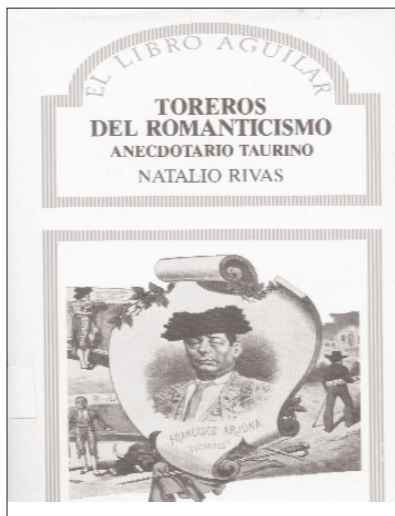


Fig. n.º 53.- *Cubierta de Toreros del Romanticismo* de N. Rivas.

muleta para dar salida a la res, habría sido un lidiador completo. El no enmendar error tan saliente dio lugar a que su paisano y discípulo José Redondo (*Chiclanero*) le aventajase en la suerte suprema.

En lo que no tuvo rival fue en la autoridad y competencia que desplegó al dirigir la lidia. Era inexorable. En la plaza mandaba imperiosamente, y ¡ay del que no le obedeciera!

NÉSTOR LUJÁN: *HISTORIA DEL TOREO*, BARCELONA, 1954,  
3ª ED., 1993, PÁGS 89-90

*Paquiro* fue un torero de unas condiciones como no habrá tenido ningún otro. No sólo porque su osadía felina iba unida a una agilidad maravillosa y un golpe de vista muy certero, sino por el orden que puso en la lidia, porque supo calcular con serenidad pasmosa hasta qué punto podían responder sus músculos a sus movimientos en la plaza, y así envolvió a los toros con una táctica sutilísima, audaz, paciente como la de un gran tigre: muy sereno, con una fuerza asombrosa, con invencible violencia y tranquilidad dio arquitectura a sus bregas, que respondieron siempre a un sentido incomparable de la brillantez y de la eficacia. El salto de la garrocha y al trascuerno, sus juegos, cambios, galleos, recortes, quiebros a cuerpo limpio, sus quites a punta de capote fueron de una precisión agudísima, con un cálculo matemático, y llevó al toro al lugar que le placía, en el momento oportuno. Sus capeos eran prodigiosos, sorprendentes, con una tela viva, movediza, encantada, que sabía florear y esconder el peligro en una sucesión inusitada de unos arabescos intrépidos y, a pesar de todo, esencialmente sólidos. Fiado en su fuerza y en sus movimientos de una agilidad súbita, llegó a practicar unas filigranas audaces, limpias, tersas, de un juego duro y plateado. Así, pues, lo que los demás toreros ejecutaban con un pasmo trágico, a pies levantados y cuidándose de ganar sobrado terreno, Montes lo trazaba cuadrándose un momento ante los cuernos del toro, dejándole llegar hasta casi rozarle y librándose de él con un quiebro limpio, inexplicable, casi fuera de toda ley lógica. La elasticidad de su toreo, unido a su rotundidad, dio una vivacidad secreta a su lidia. Su capoteo era infatigable, completo; sus émulos y rivales no podían seguir la carrera desatada de audacias, ejecutadas con fría precisión y celeridad increíble. En cambio, con la muleta perdía la magia. Su muleteo no era fresco



y sabroso como el de *Pepe-Hillo* o el de *Costillares*, ni equilibrado y conciso como el de Pedro Romero, ni siquiera astuto, abundante en mañas, como el de Jerónimo José Cándido. Fue el suyo un trasteo seco, yermo, envarado, poco flexible, con un método adusto, aunque eficaz. Un estilo corto y rasgado, sin ingeniosidad. Su modo de herir fue también a veces vacilante, cuarteando, y a

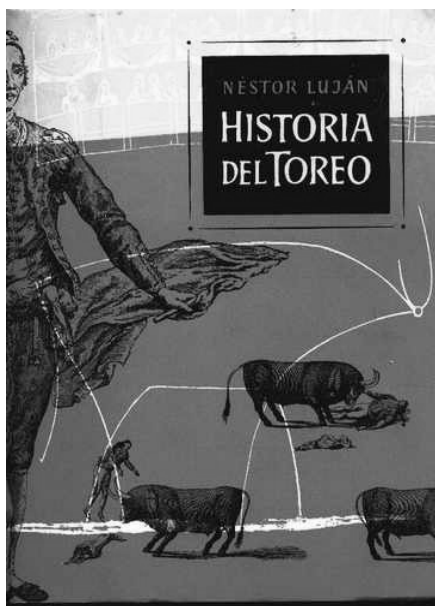


Fig. n.º 54.- *Cubierta de Historia del Toreo* de Néstor Luján.

pesar de sus inmensas facultades, envasó muchos estoconazos atravesados. Pero su autoridad en la plaza, sus fuerzas inauditas, la habilidad en la lidia, el gesto solemne y el arranque indescriptible, su orden y concierto en todo momento, el portento de sus audacias y sus condiciones casi hiperbólicas le aseguraron el lugar de torero completo. Ningún espada de su época pudo igua-

larle. Impuso por primera vez un ritmo de llevar la corrida en la plaza, un pulso personal a los trasteos del toro, desde su salida hasta la muerte a espada. En este tiempo, adquirió la lidia una continuidad crispada, inyectada de prodigios; se llevaba la corrida con un fuego desusado y una amplitud hercúlea. El capote andaba suelto y a la vez seguro, con el toro abanto, o muy desparrramado, suave, casi líquido acarminado, con el animal tardo. Todo, en la plaza, parecía tener una tensión musculada, propicia a distenderse de un modo concreto, a la menor ocasión. Así dominó Montes al público y apagó a sus posibles rivales, que le fueron cediendo sus puestos. Montes toreó siempre en cabeza, sin que nadie le discutiese este lugar, ni aun toreros mucho más antiguos.

JUAN POSADA: *DE PAQUIRO A PAULA. EN EL RINCÓN DEL SUR*, MADRID, ESPASA-CALPE, 1987, 2ª ED., PÁGS. 118-143

Montes varió la faz del toreo no de un modo violento e inopinado, sino como consecuencia de su eclecticismo –a la manera romántica–, herencia de sus paisanos, los Cándidos, que iniciaron el camino, de forma que cuando apareció ante el público ya tenía el campo abonado por ellos. Su vida, su obra y la forma de realizarlas los convierten sin lugar a dudas en el primer torero romántico, al que han seguido otros muchos hasta ahora. *Paquiro* no desdeñó a los clásicos, sino que se rebeló contra la inflexibilidad de las reglas, hasta ahora inapelables. A pesar de todo, se le considera como torero clásico –por su perfecto hacer–, como a Juan Belmonte, que pulverizó algunas normas –otro romántico–, aunque éste sólo legara a la posteridad, nada más y nada menos, una forma de interpretar personal, desde luego inspirada en la suprema regla del toreo, preconizada por Montes: *situar el corazón en el momento del cite en la perpendicular del cerviguillo del toro*. Montes, además, dejó toda una normativa taurómaca, que aun hoy –guardando las distancias de

la evolución— se acata. El toreo de *Paquiro* y el de Belmonte se eclipsaron, como toda expresión revolucionaria, incluso antes que sus propios creadores. Pero dejaron la semilla que, al transcurrir los años, los convirtió en clásicos. Como colofón, su independencia, que no lograron los literatos románticos, *Paquiro* la impuso y la ejerció durante toda su vida, aunque por su causa llegara al borde de la dictadura. Fue el primero siempre, hasta lle-

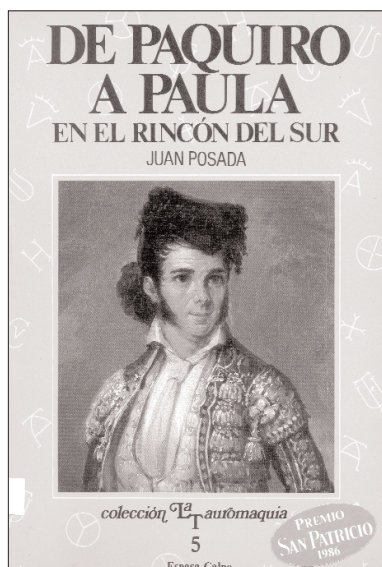


Fig. n.º 55.- *Cubierta de Paquiro a Paula* de Juan Posada.

gar a superar a todos en la cabecera de los carteles (...).

Francisco Montes dio impulsos de renovación al arte de torear, amparado en su tremendo valor, excelentes cualidades físicas y grandes dotes de observación, en una época en que el renacimiento hacia un nuevo concepto de la vida estaba en marcha. Romántico y liberal, acogió la nueva corriente, no sé si consciente o inconscientemente, y la adaptó a su profesión. Fue

libre en su parecer, valiente en el quehacer y ecléctico en la concepción de su arte, que dejó imperecedero a través de su obra escrita, donde relata, explica y enseña los pormenores de todos los lances de la lidia. Además, cambió el sentido que hasta entonces se tenía de la cuadrilla de auxiliares: formó un grupo compacto en el que el trabajo para todos, armonioso y ordenado, fue un ejemplo para el resto de los profesionales, consolidado en nuestros días. Hizo posible la síntesis de los dos estilos predominantes hasta entonces, el rondeño y el sevillano, que convirtió en auténtico arte de torear. Fue un formidable torero largo –de los que dominan mayor cantidad de toros–, abundando en un quehacer profundo, intenso, emotivo y artístico, del que años más tarde fue ejemplo máximo *Joselito el Gallo*. (...)

Según lo escrito sobre él y a través de su historia, podemos asegurar que *Paquiro* abrió la espita de la inspiración torera; el esfuerzo lo convirtió en técnica, y ésta en arte. Montes creó, pues, el arte de torear. La afirmación puede parecer demaasiado rotunda y pretenciosa, pero si hasta su aparición únicamente se batallaba con los toros, casi exclusivamente se lidiaba, y ya hemos probado que lidiar es luchar, sólo queda pensar que el arte de torear –engañar al toro con técnica y arte– lo aportó Francisco Montes, el de Chiclana, fundador del nuevo estilo torero, gaditano y universal. (...)

El principal defecto de Montes –alguno habría de tener– fue el atravesar algunos toros a la hora de matar. A pesar de ello, realizaba la suerte con sentido clásico, y siempre consideró el volapié como un recurso, a pesar de presenciar la inconmesurable forma de hacerlo de su paisano el *Chiclanero*, verdadero artífice de tal modo de ejecutarlo, hasta el punto de convertirlo en clásico. A pesar de ello, describió ambas maneras de entrar a matar con un sentido claro y preciso, que no deja lugar a duda de cómo deben realizarse con absoluta corrección. (...)

Si nos hemos detenido en la historia y realizaciones de

este torero es porque lo consideramos el padre del toreo actual, que fundó un estilo de hacer, predicho por sus paisanos los Cándidos, y que adoptaron quienes en la historia de la tauromaquia fueron considerados luego como los gigantes del toreo. También porque estimamos que, salvo excepciones, los tratadistas taurinos se excedieron con otros diestros menos insignes, a los que elevaron a altos lugares que no merecían. Otro tanto ocurrió con el toreo gaditano, para el que no hubo calificación de *escuela* –aunque el término sea erróneo en este caso, como ya hemos apuntado–, a pesar de contar con toreros tan definitivos como *Paquiro*. La prueba es que bastantes aficionados actuales desconocen sus méritos y no tienen idea de su trascendental importancia en la historia del toreo.

